

Historia de la Iglesia del Monte

nuestra historia

(Escrito por Juan Carlos Soto, Presidente de las Iglesias del Monte)



No puedo dejar de agradecerle a Dios, la bondad y misericordia que ha tenido con nosotros, pues se fijó en unos adolescentes para levantar una congregación cristiana en Málaga, “**la Iglesia del Monte**”. Al recordar todo lo acontecido en estos 30 años y tras volver a leer el material que tenía de aquellos primeros años, mi corazón se llena de alegría viendo la fidelidad de Dios, la cual nos ha sostenido, y llenándome al mismo tiempo de tristeza y dolor al recordar a tantos queridos hermanos que a través de estos años han ido abandonando este Camino por el que empezamos a andar en Dios.

La historia de la iglesia del “Monte”, es sin dudas, una historia de amor y poder del Espíritu Santo, quien es poderoso para levantar una iglesia, con su sola intervención y por su gracia.

Preámbulo: Todo comienza en el seno de la Iglesia Católica

A continuación contaremos esta obra prodigiosa del Espíritu Santo, entre jóvenes fervorosos que lo buscaban de todo corazón dentro de la Iglesia Católica. Para transmitir mejor la experiencia genuina, usaré la “**Historia de la Iglesia del Monte**” que escribimos nosotros mismo al principio de la década de los 80, en la revista que editamos internamente en la Iglesia, y a la que llamamos Eliaquim, En el n° 3, dice:

...Todo comenzó a raíz de formar parte como miembros, de aquel recién nacido grupo católico juvenil, a principio de los 70. Éramos un movimiento de jóvenes dentro de la Iglesia Católica, los denominados “Cruzados de la Esperanza”. Su gran fuerza e ímpetu hizo que prontamente alcanzara a la gran mayoría de parroquias malagueñas, que presenciaban cómo un enorme número de jóvenes y adolescentes eran ganados para ese movimiento católico. Nosotros, con edades comprendidas entre 16 y 18 años, lo “organizábamos” todo (las charlas, campamentos, enseñanzas, juegos, excursiones, etc), y no dependíamos de nadie, ni siquiera del sacerdote. El tiempo fue transcurriendo, y tras cuatro años de arduo trabajo y plena dedicación intentando llevar a Dios a una gran cantidad de jóvenes y adolescente, aquel proyecto se venía abajo irremediablemente y todo abocaba a su fin. Los jóvenes responsables, que en un principio empezaron con un vigor arrasador, ahora estaban cansados, hartos y vacíos. Habían gastado todas sus energías, todo su ánimo en la dedicación del proyecto de apostolado, y sin embargo, el grupo amenazaba con desvanecerse de la misma manera con que apareció. En esos cuatro años habíamos vivido muchos ratos felices, pero también de luchas, divisiones, intereses, flirteos y sobre todo, la hipocresía de una vivencia íntegra dedicada a Dios, pero irreal.

Cuando nos preguntamos por qué se vino abajo todo, encontramos la respuesta en un versículo de la Biblia:

“Porque si este consejo o esta obra es de los hombres se desvanecerá, más si es de Dios, no la podéis destruir”. (Hechos 5:38-39)

Aquel proyecto fue obra de hombres y como tal cayó. Trabajábamos y hablábamos de un Dios que creíamos conocer pero que en realidad, era un extraño para nosotros. Él estaba allí en su santuario y nosotros aquí abajo, con nuestros problemas; siendo las mismas personas egoísta, orgullosas y sensuales, que hacía cuatro años cuando empezamos.

En nuestros corazones se mezclaban el hambre y la necesidad más sincera, con el reproche de una incesante conciencia que nos gritaba: ¡¡Pero, dónde está Dios!! Habíamos vivido hipócritamente. Queríamos servir al Señor pero a través de nuestras

propias fuerzas. Hasta que un día un grupo de once de aquellos jóvenes, nos empezamos a reunir de forma “clandestina”, para compartir acerca de algo importante que habíamos descubierto al unísono en el transcurrir de nuestras vidas, y de esta forma llegamos a la conclusión de que, ¡nosotros queríamos dar Dios a los jóvenes sin realmente haberlo tenido en nuestros corazones! y después de tanto tiempo, nos habíamos dado cuenta de que realmente no conocíamos a Dios y que a pesar de tantas cosas que habíamos hecho para El, Dios estaba demasiado lejos. Sin embargo, El estaba allí cerca, y tenía un plan inimaginable. (Revista Eliaquin3)

En junio de 1977, en el campamento que cada verano teníamos los jóvenes y niños de los “**Cruzados de la Esperanza**”, en los manantiales de Coín, en Málaga, recibimos una luz especial de parte de Dios. Nos acompañaba casualmente un joven llamado Antonio de otra parroquia católica cercana, denominada “La Amargura”. Él oraba de una manera diferente a como lo hacíamos los católicos; levantaba sus manos y no usaba “*repeticiones aprendidas*” en los rezos, sino que hablaba con sus propias palabras al Padre. Cuando le preguntamos por qué no usaba los rezos habituales para hablar con Dios, nos dijo algo que nos impactó:

“Dios está vivo y El nos escucha; por eso debemos hablarle como lo haríamos a nuestro padre terrenal” ... “Dios quiere bautizarnos con el Espíritu Santo, ¿No habéis leído lo que dice las Santas Escrituras, en el libro de Hechos, capítulo 2?”.

La verdad es que cada día nos reuníamos en el local parroquial, dábamos clases a niños menores que nosotros, teníamos voto de pobreza, compromiso de ir a misa diariamente, y practicábamos la mortificación del cuerpo como una práctica para acercarnos a Dios (flagelación, cinturones de púas, piedrecillas en los zapatos...). Rezábamos cada día el rosario, 10 Padres Nuestros y 50 Aves María, pero no solíamos leer la Biblia, ni hablar con Dios en voz alta, fuera de los rezos.

Aquellas palabras nos provocaron hambre de la Palabra de Dios y comenzamos a leerla y a comentarla entre nosotros. Nuestra mente se fue iluminando conforme profundizábamos en la lectura de las Escrituras y comenzamos a desear fuertemente la llenura del Espíritu Santo.

Conforme leíamos la Biblia, nos sobrevenían dudas y preguntas, con relación al tipo de vida y doctrina que teníamos en la iglesia Católica. Con estas dudas y preguntas fuimos al cura, el cual nunca llegó a darnos una explicación coherente, ya que la iglesia decía una cosa y la Biblia decía otra.

A los tres meses de aquel campamento juvenil, el 14 de septiembre de 1977, decidimos pedirle la llave al cura y hacer una vigilia nocturna para rogarle a Dios, en el sagrario, que nos llenará de su Espíritu Santo.

En la revista Eliaquin, describimos aquel día diciendo:

“En esta situación desesperante por la que pasábamos, la lectura de las Escrituras y algunos libros, nos dieron la luz que necesitábamos. Dios era real, Dios estaba vivo. Con todo nuestro corazón deseábamos vivir esto y alcanzar lo que decía Pablo: “Ya no vivo yo, VIVE CRISTO EN MI”.

Días de oración, de desánimos, de diálogos...momentos buenos y menos buenos, nos guiaron por fin al 14 de Septiembre de 1977, día en que oraríamos a Dios para ser llenos del Espíritu Santo (como decían las Escrituras) y vivir el cristianismo realmente.

Ese mismo día, antes de la reunión, aún teníamos dudas. Uno de nosotros habló horas antes con un muchacho carismático que también oraría en la reunión. Le pidieron una prueba a Dios: con la Biblia en la mano se acercaron a unos niños pequeños y le preguntaron un número y una columna (derecha o izquierda) la Biblia aquella tenía dos en cada página. Un chiquitín respondió:”Página cien, columna derecha”.

Y así decía esta página:

“El segundo cordero lo ofrecerás entre dos luces, con una ofrenda y una libación iguales a las de la mañana, en olor de suavidad; es sacrificio por el fuego a Yavé, holocausto perpetuo en vuestras generaciones, a la entrada del tabernáculo de la reunión, ante Yavé, allí donde yo me haré presente para hablarte. Allí me haré presente a los hijos de Israel y será consagrado por mi gloria. Yo consagraré a Aarón y a sus hijos para que sean sacerdotes a mi servicio. Habitaré en medio de los hijos de Israel y seré su Dios, y conocerán que yo, Yavé, soy su Dios, que los he sacado de la tierra de Egipto para habitar entre ellos, yo, Yavé, su Dios”. (Éxodo 29:41-46).

Este texto nos dio la seguridad de que Dios se manifestaría. Reunidos por la noche en la capilla de Santa Ana, algo maravilloso ocurrió, el Espíritu Santo se derramó sobre un grupo de jóvenes deseosos de vivir la Verdad”. (Revista Eliaquin3)

El Espíritu Santo cayó sobre todos; bueno, sobre todos no. Yo continuaba aferrado a las tradiciones católicas y me separé del grupo de oración que teníamos junto al sagrario, y me puse a rezar el “*vía crucis*”, pero de una manera peculiar que paso a detallar. En la iglesia se encontraba un Cristo con la cruz acuesta que sacábamos en procesión en Semana Santa. La cruz estaba apoyada sobre la pared y la tomé bajos mis hombros y con ella acuestas comencé a hacer el “*vía crucis*” orando en cada una de sus “estaciones”. Mis hermanos seguían orando y llorando junto al sagrario, recibiendo la llenura del Espíritu, mientras yo hacia el tonto, paseándome por la iglesia con la cruz a cuesta. Terminado el “*vía crucis*”, solté la cruz, y me fui al altar donde se encontraba una imagen de la Virgen María. Le puse una flor entre las manos y me puse a rezarle pidiéndole a ella, que me enviase el Espíritu Santo, pero no sucedió nada después de pretender merecer el Espíritu a través de mis propios sacrificios y esfuerzos. Tras una breve despedida, me marché a casa.

Al día siguiente cuando nos veíamos de nuevo en el salón parroquial, uno de los jóvenes vino corriendo y abrazándome me dijo: *¿Tú también lo has recibido?*

Yo le conteste: *¿Qué si he recibido qué?* él me dijo: *El Espíritu Santo*. Yo palidecí en aquel momento. Los hermanos habían recibido el bautismo del Espíritu Santo, habían hablado en otras lenguas, como habíamos leído que ocurría en los tiempos bíblicos, y yo había estado haciendo el tonto, queriendo obtenerlo a través de mis propios esfuerzos, o a través de María; y no había recibido nada, seguía tan vacío como siempre.

Permanecí durante cuatro días con mucha pena y dolor en mi corazón, todos habían recibido el Bautismo en el Espíritu Santo menos yo. Mis pecados estaban delante de mí, y me sentía realmente un miserable pecador que no merecía un regalo tan grande como el que Dios Padre nos ofrecía.

Al quinto día, el 19 de septiembre, cuatro hermanos, los que posteriormente seríamos los ancianos del grupo, nos juntamos en el campo para orar por mi bautismo en el Espíritu. Aquel día me sentía sucio en mis pecados y solo podía llorar delante del Señor. Estando quebrantado delante de Dios, sentí dentro de mí una voz que decía: *“cuándo pongan las manos sobre ti, recibirás el Bautismo del Espíritu”*, y así fue, cuando uno de los hermanos puso las manos sobre mí en su oración, vino el Espíritu sobre mí, y comencé a hablar en otras lenguas. Durante un buen tiempo no me di cuenta de que estaba hablando en un idioma que nunca aprendí, ya que estaba tan inmerso en mis plegarias al Señor, que no escuchaba las palabras que salían por mi boca.

El 14 de septiembre se convirtió en el día del cumpleaños espiritual de la iglesia, y todos los años nos reuníamos para agradecerle a Dios la misericordia que tuvo con nosotros.

Años más tarde supe que ese día, coincidió con la fiesta judía llamada Rosh Hashaná (que literalmente es el comienzo del año), en el mes de Tishrei (septiembre-octubre). En esa fiesta también llamada de las trompetas, el pueblo judío celebraba el primer día del año, ya que según su tradición en ese día Dios creó al hombre, y con el toque de las trompetas hacían anuncio de la pronta venida del Mesías.

Ese día no fue un día cualquiera, de un mes cualquiera, Dios que conoce todas las cosas, y que tiene el control de todos los tiempos, comenzó la iglesia del Monte, en el día que se celebraba la creación del hombre y el anuncio de la venida del Mesías. Y esto quizás con el simbolismo, de que estaba creando en cada uno de nosotros un hombre nuevo, en un año nuevo; para una iglesia nueva que debía de estar esperando el pronto regreso de nuestro Señor Jesucristo.

Carlos Almström, misionero sueco que había trabajado por años en México, escribió de nosotros en el libro *“Llamado por Dios”*, en el que cuenta su biografía:

“Todos estos jóvenes habían crecido y habían sido educados como católicos. Habían pertenecido a una de las iglesias católicas de la ciudad, donde habían tomado parte, entre otras cosas, del trabajo entre niños y jóvenes. Contaron con especialmente cuatro de los jóvenes como sus líderes. Sinceramente querían servir a Dios. También habían encontrado una Biblia y juntos la estudiaron fervientemente.

“Si la Biblia es la Palabra de Dios, ¿por qué no se lee directamente de ella en la iglesia?”. El estudio de la Biblia les cautivó y les emocionó a los jóvenes y el resultado fue un avivamiento entre ellos. El sacerdote recibió montones de preguntas, a las cuales no se sentía preparado para poder responder. Es que los jóvenes se habían puesto de acuerdo de solamente creer y practicar lo que estaba escrito en la Palabra de Dios.

Durante muchos años habían tomado parte en el trabajo de la iglesia católica, pero a pesar de todos los esfuerzos y la búsqueda ferviente para agradar a Dios, nunca habían experimentado una verdadera salvación, gozo ni paz.

Un día pidieron al sacerdote que les prestara la llave de la capilla, donde se encerraron. Delante del altar pidieron con lágrimas poder experimentar lo que Jesús querría decir cuando dijo:

“Si alguno tiene sed, venga a mi y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.” (Juan 7:37, 38)

“Fue entonces que sucedió”, cuentan. De repente era como el cielo se había abierto y el Espíritu de Dios descendió sobre ellos de una manera tan poderosa, que empezaron a hablar en lenguas y alabar a Dios en voz alta. Desde aquel momento JESÚS era una realidad viva para ellos y la BIBLIA su guía.

Con cierta vacilación empezaron a reunirse para leer la Biblia y tener cultos ellos solos. Y las verdades bíblicas sobre el bautismo en agua y la comunión de la iglesia del Nuevo Testamento se hicieron más y más actuales. Y esto a pesar de que nunca antes habían tenido contacto con ninguna obra evangélica. Fue claro para ellos las que tradiciones religiosas y las obras buenas de ellos mismos no eran lo mismo que lo que enseñaba la Escritura sobre la salvación y el cristianismo vivo” (Llamado por Dios”, Carlos Almström)

Solo pasó tres meses desde la llenura del Espíritu Santo, y nuestra mente estaba totalmente renovada. La lectura de las Escrituras creaba un dilema en nuestras vidas, ya que Dios decía una cosa y la Iglesia Católica otra, por esto íbamos al sacerdote con preguntas como éstas:

“- ¿Padre, porque en los diez mandamientos de la ley dada a Moisés, dice Dios, que no quiere que hagamos imágenes de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, para adorarla, porque los católicos tenemos tantas imágenes en nuestras iglesias? Y ¿Por qué la iglesia ha cambiado este segundo mandamiento de la ley de Dios, en los catecismos? ¿Quizás para que los fieles no se dieran cuenta de que Dios prohibía esta práctica de la Iglesia?”

“-¿Padre por que los curas tienen prohibido casarse, y leemos en la Biblia que el obispo sea marido de una sola mujer, y el mismo Pedro estaba casado?”

“-¿Padre porque bautizamos a los niños de pequeño, cuando en la Biblia vemos que los requisitos para recibir este sacramento, es que la persona crea de todo corazón y se arrepientan de sus pecados, cosa que los niños pequeños no pueden hacer?”

“-¿Padre porque la iglesia enseña sobre el Limbo, como un lugar espiritual al que van los niños sin bautizar y no aparece ninguna referencia en la biblia de este inventado lugar?”

“-¿Padre por que la iglesia a prohibido por siglos leer la Biblia en nuestro idioma, matando y torturando la inquisición a quien la tradujera o leyera?”

Y como éstas, muchas otras preguntas más, a la que el sacerdote no daba explicaciones satisfactorias. La luz había venido a nuestras vidas y teníamos claro que antes íbamos a obedecer a Dios que a los hombres.

-de la Iglesia Católica al monte-

En la revista Eliaquim comentábamos:

“Fue tan maravilloso lo que ocurrió en nuestras vidas que queríamos compartirlo con todos los jóvenes del movimiento, así que fuimos a hablar con el dirigente de los Cruzados pero junto con otros rechazó la idea de enseñarlo, pues decían que eran ideas protestantes, entonces de los siete que habíamos tenido esa experiencia con Jesús, cuatro con toda sinceridad y además revelado por Dios dijeron que se marchaban, y los otros tres nos quedamos en la Iglesia Católica, pero siempre pendientes de la voluntad de Dios”. (Revista Eliaquin3)

Cuatro hermanos salieron del grupo católico, con la intención de vivir este evangelio. Yo me quedé, junto a Antonio Ruiz, tres meses más, ya que había muchas almas en nuestra parroquia que todavía no habían recibido el Espíritu Santo y no tenían claro salir de la “*Santa Madre Iglesia*”. Entre ellas nuestras novias, Puri y Tere, que coincidían que eran hermanas, y a mi hermano Miguel Ángel y a su novia Loli, también hermana de Puri.

El cura estuvo presionando desde el pulpito, y hablando con los padres de los niños, para que se guardaran de “*esos jóvenes locos que creen haber recibido el Espíritu Santo*”.

Tras esta presión y habiendo terminado nuestra labor evangelística, a los seis meses de haber recibido el Bautismo del Espíritu Santo, salimos definitivamente de la iglesia para vivir el evangelio fuera de la institución católica.

Ya fuera, nos encontramos dos grupitos, el que salió a los tres meses de recibir el Espíritu Santo con unos pocos de hermanos más, y el mío, más numeroso, que salió a los seis meses. Ambos grupos se unieron el **14 de Mayo de 1978**, después de recibirse una profecía donde se decía que Dios nos quería como un solo grupo, y que 7 de nosotros seríamos los dirigentes. Ese día, 14/05/78, coincidía en el santoral católico con día de **Pentecostés**; ese día, 8 meses después de la experiencia carismática en el sagrario de “Santa Ana”, nos volvíamos a unir en un solo grupo.

De los siete dirigentes, **cuatro** fueron más tarde los ancianos de la iglesia y **dos** de ellos serían más tarde sus diáconos, (permaneciendo el día de hoy solo Antonio Ruiz) y la séptima persona de ese liderazgo era Purificación Cuenca, mi novia, con la que me casé en enero de 1980.

La revista Eliaquim hablaba de aquellos días diciendo:

“ASI COMENZÓ TODO...”

Y así fue: Un pequeño grupo de cuatro personas se salió del movimiento. Poco más tarde otro grupo lo siguió saliéndose también (ALGUNOS MESES DESPUES EL MOVIMIENTO SE DERRUMBO). Todo esto sucedió a finales del verano del 1977. Y así cada uno empezó a caminar por su cuenta, sólo teníamos una guía, la Palabra de Dios y cada día descubríamos el gran poder y autoridad que manaba de ésta. Teníamos algunos contactos, porque todos nos conocíamos de antes y a los pocos meses (unos cinco meses), Dios unió a las dos comunidades en una sola, para ese momento (14 de mayo de 1978) ya habíamos conocido de veras el poderoso Dios vivo que tanto tiempo habíamos buscado ¡POR FIN! Conocimos el fabuloso fuego y el impresionante viento de Pentecostés, el Espíritu Santo, (DEL QUE TANTO HABIAMOS HABLADO Y NO CONOCIAMOS) inundó nuestras vidas a rebosar, nuestros corazones brincaban, chillaban, cantaban de gozo, de felicidad, de satisfacción al encontrar por fin el muy deseado de las naciones. Él cambió nuestras vidas, renovó nuestras mentes sanó nuestros complejos y heridas. Lo sentíamos a nuestro lado, cada día más cerca que el anterior. Comenzó una época inolvidable para nosotros, grabadas en nuestros corazones para toda la vida: EL PRIMER AMOR.

Dios obraba entre nosotros de forma prodigiosa en toda clases de dones: MILAGROS, SANIDADES, PORTENTOS AMOR, CELO, PALABRAS, PROFECIAS....

Nada nos importaba, todo carecía de valor, aún nosotros mismos. Solo importaba Jesús y el Espíritu Santo. En una palabra, Dios. Habíamos vislumbrado el porque de nuestras vidas y esa luz había cegado nuestros ojos para el mundo. Él era todo y lo llenaba todo en nuestra vida. Éramos treinta. Dios eligió a siete dirigentes para que “llevaran” la comunidad; parecíamos más del doble por la vida y el ruido que armábamos allá donde pasábamos. Empezamos a reunirnos en un campo llenos de olivos, (los olivos de portada alta) y más tarde encontramos un lugar mejor y más aislado, el Monte de Fátima (al lado de Miraflores de los Ángeles).

Empezó para nosotros una inigualable etapa que duró desde el verano de 1978, hasta Enero de 1980, nos llamaron: "LOS DEL MONTE; LA COMUNIDAD DEL MONTE".

Dios empezó a mostrarse de muchas maneras, como un Dios poderoso, realizador de milagros y dador de dones estos nos embelesó a todos. (Jóvenes ávidos de experiencias nuevas y fuertes).

Él siempre tenía algo nuevo y bueno para satisfacernos. Las profecías y mensajes de Dios eran abundantísimos y frecuentes, constituían nuestro gran punto de guía y apoyo, porque aún teníamos poco conocimientos de las Escrituras y Dios se vio obligado a guiarnos de ésta manera que no era lo más escritural pero a Dios le importábamos más que las normas.

Posteriormente a su tiempo empezó a derramar un tremendo espíritu de conocimiento y sabiduría se manifestó el Dios sabio, nuestros ojos y mentes se abrieron "PORQUE TOMARA DE LO MIO Y OS LO HARA SABER".

En cuestión de poco tiempo nos enseñó la doctrina fundamental de su Palabra, justificación por fe, bautismo en agua y en el Espíritu, los dones, el viejo y el nuevo hombre, el quebrantamiento, la cena del Señor, los ministerios, santificación, la cruz el espíritu y la carne. ¡Prodigioso, inmenso. Sabiduría de lo alto! Sació nuestra necesidad de conocimiento de las Escrituras. Todo era nuevo para nosotros. Nuestro mayor deseo era sentarnos a la mesa del Señor y alimentarnos de Su Palabra.

El evangelio era predicado y crecíamos como la espuma treinta, cuarenta, cincuenta...

La palabra recibida era vida, si Dios decía en su palabra que sanaba había sanidades. Recuerdo un hermano que fue sanado reuma en la sangre, para los médicos inexplicable, pero nuestro Dios lo hacía. Otra hermana fue sanada del riñón, lo que para la ciencia médica necesitaba días o semanas para su curación Dios lo solucionó en un instante. Oramos por un hermano que tenía cáncer, desahuciado por los médicos le daban menos de un mes de vida, pero sigue viviendo con un cuerpo sano y sirviendo al Señor. Para Dios era lo mismo un cáncer que un resfriado. Recuerdo que una hermana pidió casi por señas que oráramos por ella, no podía hablar debido a una afonía de garganta y después de orar salió dando gritos y voces: ¡Dios es maravilloso! Cada día nos sorprendía más los prodigios que veíamos la Palabra de Dios era cumplida.

Cierto día Dios profetizó que en ese mismo monte nevaría como señal de que su palabra era cierta; hermanos que hoy siguen entre nosotros son testigos de que esta palabra fue verdad, en la calurosa Málaga Dios "pasó" de razones climatológicas y en nuestro monte nevó grandes copos de nieve blanca que era reflejo de que Dios era fiel Él seguía con nosotros, (En Málaga nunca nieva, esto ocurrió el viernes 16 de febrero del 79)

Algo parecido ocurrió en una ocasión cuando Dios nos hablaba del quebrantamiento, antes de llegar a la plenitud de la comunión con Él tendría que quebrantarnos, que romper ese vaso de barro que llevamos innato en nosotros, para que la excelencia del poder de Dios aflorara en nuestra vida. Aunque recuerdo la palabra con toda

autoridad dejó el Señor: “Pero os es necesario pasar un invierno que empezará con una gran nube”...

Pocos días después una gran lluvia azotó como antes nunca se había conocido, las calles fueron inundadas de agua, pero todos nosotros sabíamos que Dios estaba detrás de todo esto. De ésta y de muchas maneras más conocíamos más y más al Dios que habíamos creído. Dios nos visitaba en cada reunión allá en el monte. Un día incluso hizo descender una exquisita fragancia, un olor inigualable, la gloria de Dios estaba entre nosotros”. (Eliaquim 3)

El Señor mismo era nuestro pastor y nos pastoreaba a través de las Escrituras y de los dones del Espíritu que se movieron en aquellos primeros años de una manera inusual y especial; recibiendo enseñanza a través de la Palabra, de profecías, sueños y revelaciones. Nos reuníamos varias veces en semana, llegando muchos cultos a superar las 4 horas de reunión.

La primera palabra profética que escuche en mi vida, nos decía:

“Cuanto tiempo he anhelado teneros bajos mis alas como la gallina a sus polluelos”, el Señor nos llamaba frecuentemente “mi pequeña manada”, y nos instaba continuamente a buscar la santidad apartándonos del pecado.

Insistió el Señor en que permaneciéramos en el monte, hiciera frío o calor, pues *“lo que aprenderíamos un invierno en el monte, sería como tres años en la vida de un cristiano en cualquier iglesia normal.”*

Recibíamos en cada culto predicación y exhortación de la Palabra; y casi siempre había profecías y dones de lenguas con interpretación, que nos alentaba, nos exhortaba y nos reprendía, saliendo cada día edificado de las reuniones, (estas manifestaciones tan especiales del Espíritu se fueron reduciendo a lo que es la vida normal de la iglesia, en el momento en que ya había hombres de Dios cuidándola, esto es los ancianos levantados por el Señor)

Entre las palabras proféticas que recibimos como iglesia, recuerdo:

“Estad unidos en la gracia confiada a vosotros. Sabed que sois uno como el padre y Yo somos uno. Vivid como vivieron los antiguos siervos del Señor, porque un cristiano es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (14 Mayo 78)

“Muchos seréis enviados a predicar por España, y surgirá de aquí, del sur hacia el norte. Realmente levantaré de vosotros pueblo santo y todos seréis quebrantados” (sábado 11 noviembre 78)

“vosotros sois luz y os reconocerán como iglesia” (10 marzo 79), mas adelante nos dijo: “os llamarán la Iglesia del Monte”.

Y nos anunciaba que de entre nosotros levantaría pastores, profetas, apóstoles, maestros y evangelistas, veríamos milagros y sanidades; y que llegaría el día en que **“seréis más de 500 danzando en el espíritu”**.

Carlos Almström en su libro **“llamado por Dios”**, habla de los cultos en el monte, diciendo:

“No tenían local para los cultos, sino que se reunían bajo el cielo abierto, generalmente en una colina en las afueras de la ciudad. Por eso empezaron a ser conocidos bajo el nombre de “la Iglesia del Monte”.

Si llovía, se cubrieron con pedazos de plástico o paraguas. Difícilmente olvidaremos nuestro primer culto junto con estos queridos hermanos. Hacía mucho viento allí en la colina y todavía hoy me acuerdo que prediqué sobre el texto en Rom. 8:17:

“Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”.

-el bautismo en agua-

El **18 de Febrero de 1979**, nos visitó en el monte, un misionero argentino que pastoreaba las iglesias de Jaén y de Linares, en la que se congregaba unos hermanos del Monte (Pepe Melero, actualmente director de Sociedades Bíblicas del Sur de España, y su hermana María del Carmen Melero, actualmente esposa del pastor de Algeciras), que habían sido trasladados allí por trabajo de su padre.

El pastor quedó maravillado de que los jóvenes sentados en el suelo, tuvieran un culto de cerca de 4 horas; y terminado el mismo, alabó la mano de Dios entre nosotros. Ante esa alabanza le pedimos si él nos podía bautizar en agua, pues llevábamos 2 años intentando que alguna iglesia evangélica de la ciudad nos bautizara y ninguna quería hacerlo, a no ser que nos integrásemos totalmente en su membresía.

El pastor Luís Duré, asombrado por lo que le decíamos, dijo que cuando quisiéramos nos bautizaba, a lo que nosotros le respondimos: **“¡ahora mismo hermano!”**, él extrañado nos dijo: **“¿pero dónde; con qué ropa?”** Nosotros señalamos el precioso mar que se veía desde el monte y le preguntamos si aquél baptisterio serviría; y con



bañadores, fuimos bautizados ese mismo día cuatro dirigentes del grupo. Al mes siguiente, el 04/03/79 los cuatro dirigentes, bautizamos al resto de los hermanos, en el mar.

Carlos Almström en su libro *“Llamado por Dios”*, habla de nuestro bautismo diciendo:

“Los cuatro hermanos, que fueron contados como líderes entre ellos, fueron los primeros que se pusieron en contacto con un pastor evangélico y le pidieron que les bautizara en agua, lo que se realizó en el mar un poco afuera de Málaga. Pasaron solamente un par de semanas hasta que otro grupo de 37 jóvenes felices siguieron en sus pasos y se bautizaron. También en esta ocasión el mar Mediterráneo sirvió para el bautismo”

Si quieres seguir leyendo acerca de la “historia de la Iglesia del Monte” pincha en la pestaña.

